

1

Los hoteles eran como las personas: por su aspecto uno no podía saber si en el interior había algo malo.

Barrett aparcó el coche y dejó el motor en marcha mientras observaba el Tower Mahoney de Tulsa. El reflejo de la luz del sol en las ventanas cobrizas le deslumbró incluso a través de las gafas de sol, pero lo que podía ver era lo de costumbre. En el aparcamiento había unos cuantos taxis y una limusina, y un encargado de uniforme dirigía a los aparcacoches a pesar del intenso calor de la tarde de agosto. A juzgar por el césped bien cuidado y los arriates de flores, había otras personas que también se esmeraban en su trabajo.

Eso no quería decir que no hubiera algo podrido en el hotel.

Echando un vistazo al reloj del salpicadero, se puso las gafas graduadas y guardó las de sol en la guantera. Luego recogió los expedientes de los empleados del asiento del pasajero y los metió en el maletín. Había tenido que echarles una ojeada en el trayecto desde Kansas City, ya que Carla se los endosó apenas lo vio entrar por la puerta, sin embargo, a juzgar por lo que había leído, probablemente allí sucedía algo más que la simple desaparición del director.

Su estómago protestó. Por desgracia no se había detenido a comer nada durante el viaje. El Burger King del otro extremo de la calle era una tentación, pero ya era demasiado tarde. La reunión de personal había empezado diez minutos antes. No es que le importara llegar tarde —siempre era interesante observar las reac-

ciones de los empleados ante su retraso—, pero quería revisar las zonas comunes antes de hacer su aparición.

Guardó el maletín detrás del asiento del pasajero, se preparó y apagó el motor. En cuanto el aire acondicionado se detuvo, empezó a sudar, antes incluso de poder abrir la puerta. ¡Mierda, y él creía que Kansas City era un asco! ¿Por qué no podía haber desaparecido el director de San Francisco? ¿O el de Seattle? En esta época del año la costa era el lugar perfecto.

Para cuando entró por la puerta giratoria, el sudor le caía por las sienes. Por fortuna el vestíbulo parecía una nevera. Lo sorprendente era que las gafas no se le empañaran con el frío.

Se metió las manos en los bolsillos y, silbando entre dientes, se dio una vuelta por la planta principal. Estaba previsto realizar una remodelación en el Tower en invierno, pero seguía teniendo un aspecto condenadamente moderno. Todo estaba muy bien cuidado, desde el alto techo artesonado hasta el suelo de mármol. Unas plantas de un intenso verde ondeaban bajo el chorro de la fuente, el mobiliario de madera de cerezo se veía recién pulido. ¡Demonios, incluso la moqueta de la zona de recepción parecía tan nueva como si nunca se hubiera pisado!

El olor a esencia de limón y café impregnaba el aire, y al pasar por delante del restaurante Mirabella su estómago protestó en respuesta al delicioso aroma que escapaba a través de las puertas cerradas. Maldita fuera, no sabía muy bien lo que se estaba cocinando, pero desde luego sí que sabía dónde iba a cenar aquella noche.

El ascensor anunció su llegada y se abrieron las puertas. En su interior, una rubia vestida con un traje barato estaba demasiado ocupada pintándose los labios como para salir, de modo que Barrett, como el caballero que era algunas veces, alargó una mano para impedir que las puertas volvieran a cerrarse. Cuando ella lo vio a través del espejo, abrió mucho los ojos. Tapó el pintalabios, frotó los labios uno contra otro y lo miró bien antes de darse la vuelta.

—Hola —le saludó con una sonrisa seductora, dejando caer la barra de labios en el bolso.

Él le devolvió la sonrisa.

—¿Se baja usted aquí?

—No, si tú no quieres.

—Cariño, decididamente te bajas aquí. —La sonrisa de Barrett se endureció y la de ella desapareció inmediatamente.

—Estaba a punto de irme —dijo ella saliendo.

No volvió la vista, sino que se dirigió contoneándose hasta la puerta principal para coger un taxi. Barrett puso los ojos en blanco ante el rastro de su perfume. Nada anunciaba mejor a una «chica trabajadora» que una imitación del perfume de Giorgio, y aquella mujer olía como si se acabara de bañar en él... justo después de haberse tirado a todo el equipo de los Chiefs. Esperaba que alguien fuera lo bastante amable con él como para pegarle un tiro antes de que llegara a estar tan desesperado por tener sexo.

—¿Puedo ayudarle, señor?

Barrett dirigió la vista al mostrador. La recepcionista exhibía una amable sonrisa, pero lo miraba con cautela en los ojos. No podía reprochárselo. No en vano sus iniciales eran BIG, y lo más probable es que pareciera que estaba a punto de cometer un robo. El valor de la chica subió un par de puntos cuando Barrett se dio cuenta de que tenía el dedo suspendido sobre el botón de alarma.

—Soy Barrett George.

La mirada de ella se posó en su ropa.

—¡Oh, lo siento! —dijo—. No he reconocido el... Quiero decir que le esperábamos a las...

Él mostró una ancha sonrisa al ver el rubor de sus mejillas.

—No hay problema, estoy acostumbrado. O sea, que no es el típico viernes, ¿eh?

—No, señor. —Estiró la mano hacia el teléfono—. El resto del personal está arriba, en el Summerhall F. Voy a llamar y...

—Se lo agradezco, pero subiré dentro de un minuto y me presentaré yo mismo. —Apoyó un codo sobre la brillante superficie del mostrador, leyó el nombre de ella en la placa identificativa y preguntó—: Bueno, Amanda, ¿ha visto a la mujer que acaba de marcharse?

—¿La del traje de segunda mano, bolso llamativo y zapatos de puta?

Él contuvo una sonrisa. Sus dotes de observación eran impecables.

—La misma —respondió—. ¿Viene mucho por aquí?

Ella se mordió el labio.

—Depende de lo que entienda usted por mucho.

Me lo tomaré como un sí.

—Da igual. ¿Alguna noticia de Alderton? —Ante la muda negativa de ella, se enderezó y se llevó los dedos a la frente a modo de despedida—. Siga con lo que estaba haciendo.

En vista de que tenía la rodilla rígida de conducir durante tanto tiempo, evitó los ascensores y se dirigió a la escalera, preguntándose cuántas sorpresas desagradables más le estarían esperando. Los retortijones de su estómago se estaban convirtiendo en ardor, de manera que sacó un bote de antiácidos del bolsillo, se metió dos en la boca, e hizo una mueca al masticarlos. Le gustaba el sabor a menta, pero el único que tenían aquella mañana en la tienda de veinticuatro horas era el de frutas.

Al llegar arriba, Barrett giró a la izquierda, hacia la zona de reuniones y echó a andar por el pasillo. Tras las puertas del Summerhall F. se oían voces, de modo que redujo la marcha para escuchar algo de la conversación antes de entrar.

—No sé cuánto tiempo va a quedarse —declaró una voz suave de mujer—. Lo único que dijeron es que el señor George será el director en funciones mientras se nombra un nuevo equipo directivo.

Quien hablaba debía de ser la contable del hotel, Jillian Fox. Barrett miró con disimulo desde el marco de la puerta y estuvo a punto de ronronear de placer. Una pelirroja, sus favoritas. Se encontraba apoyada contra una mesa, en la parte delantera de la sala, con una actitud claramente defensiva. Aunque llevaba la camisa de manga corta abotonada casi hasta la garganta, sus brazos cruzados dejaban ver un generoso y prometedor pecho y sus elegantes pantorrillas recorrían un buen trecho entre el largo conservador de la falda y un par de zapatos de tacón bajo.

Alta, esbelta, y pelirroja. ¡Joder, era como si la hubiera encargado previamente por teléfono! Era una pena que tuvieran que trabajar juntos. Puede que cuando hubiera cerrado este caso se pasara un par de noches con ella.

—¿Y qué se supone que significa eso de *un nuevo equipo directivo*? —preguntó uno de los hombres. Su tono de gilipollas enfureció a Barrett, pero no podía ver quién era sin revelar su presencia—. ¿Qué coño pasa con el antiguo?

Jillian elevó los ojos al techo, levantando las manos.

—¿A qué equipo te refieres, Darwin? Hace casi una semana que nuestro director ha desaparecido, y llevamos más de tres meses sin ayudante de dirección.

¡Ah, Darwin Patton! Su expediente era uno de los que habían llamado la atención de Barrett.

—¡Eh, doña dinero, no te me pongas tan altiva! Aquí ya tenemos un buen equipo y este sitio funciona perfectamente sin necesidad de que venga ningún directivo de altos vuelos a meter las narices en todo. —Tras unos murmullos que mostraban acuerdo, continuó—: En cualquier caso, ¿por qué tenías que llamarles? Lo más probable es que en cuanto llegue ese nuevo equipo, acabemos todos en la calle buscando trabajo.

—¡Vaya, pues no lo sé! ¿Puede que haya sido porque la semana que viene hay que pagar las nóminas y no hay nadie para firmar los cheques?

—Podrías haberlos firmado tú.

Barrett enarcó las cejas. ¡Vaya sugerencia por parte del jefe de seguridad!

—La última vez que lo comprobé, la falsificación era delito, Darwin, pero gracias por el voto de confianza.

—¡Vamos! No es lo mismo que si hubieras...

—Déjalo, Darwin.

Se oyeron algunas quejas y luego alguien preguntó:

—¿Señorita Fox?

—¿Sí, Berta?

—¿Puede usted decirnos algo sobre el señor George?

Barrett estuvo a punto de intervenir, pero se obligó a esperar. Jillian Fox se había ocupado del gilipollas de seguridad sin ninguna ayuda, y estaba bastante seguro de que no necesitaba que él saliera de su escondite. Además, quería escuchar lo que decía sobre él.

Jillian sacudió la cabeza al oír la pregunta de Berta.

—No le he visto nunca.

—¿Pero ha oído algo? —preguntó Mike.

La verdad es que sabía, por una de las secretarias ejecutivas de Kansas City, que el investigador que enviaban tenía fama de duro, pero no era aficionada a propagar ese tipo de información, sobre todo en una reunión de personal. Y en vista de que Barrett George al parecer quería jugar a los agentes secretos, ni siquiera podía admitir para sí misma que era un investigador.

Verdaderamente se estaba muy sola en la cima.

—Ni una palabra —respondió con convicción—. Supongo que la suite ejecutiva está preparada, ¿no es así, Berta?

—Siento llegar tarde —dijo una profunda voz de barítono desde la puerta.

Jillian se levantó de un salto, maldiciendo en silencio el calor que le subió a las mejillas. Un hombre enorme, con gafas de carey y vestido con un polo, se acercaba a ella con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. ¡Dios, Abby le había dicho que era alto, pero no mencionó que tenía la constitución de un jugador de fútbol americano! Esperaba encontrarse más bien con una especie de James Bond, pero era evidente que su definición de *duro*, necesitaba una revisión.

Tal vez Abby se refiriera a un duro jugador de futbol americano, ya que era evidente que el tío se había comido sus buenas raciones de cereales.

Pero no, dijo claramente —y con evidente placer—, que era un hombre con debilidad por los pechos de mujer; detalle que había acabado con la ligera esperanza que tenía Jillian de conseguir por fin algo de ayuda. Llevaba semanas tirándose de los pelos, y lo úl-

timo que necesitaba era un donjuán que se pasara el tiempo hablándole a sus pechos. Su madre siempre se sentía halagada cuando los tíos buenos eran incapaces de apartar la mirada de su escote el tiempo suficiente como para darse cuenta de que tenía un cerebro, pero a Jillian no había nada que la enfriara más rápido.

Excepto que la espieran, tal vez. ¿Cuánto tiempo llevaba en el pasillo, escuchando a escondidas?

Tragó saliva y forzó una sonrisa.

—¿El señor George, supongo?

—En carne y hueso. —Sin duda su cautivadora sonrisa estaba pensada para que la gente se sintiera a gusto, pero a ella le hizo desear haberse puesto la chaqueta—. Tú debes ser Jillian Fox.

Sacó una mano bronceada del bolsillo y la extendió hacia ella. Jillian se la estrechó con firmeza, después de contener el impulso de secarse del sudor de la suya con la falda.

Por increíble que resultara, los brillantes ojos verdes de él permanecieron fijos en su cara. Estaba preparada mentalmente para ignorar la sutil, pero insultante inspección de su cuerpo y ocultar su desagrado con una sonrisa forzada. El hecho de que pareciera más interesado en descifrar su expresión la desconcertó, de modo que desvió la vista hacia la cuadrada barbilla de él para protegerse.

Iba sin afeitarse. O bien no se había afeitado ese día o era uno de esos hombres que necesitaban hacerlo dos veces al día. La sombra de la barba le cubría la mitad del ancho cuello y a continuación, por la abertura del polo, asomaba un puñado de vello negro. Por la forma en que la prenda se adaptaba a sus anchos hombros y rodeaba sus bíceps no cabía duda de que estaba en muy buena...

Lo miró de frente con ojos desorbitados. ¡Demonios! Le había mirado apreciativamente y la diversión que brillaba en sus ojos indicaba que él se había dado cuenta perfectamente.

No resultaba fácil hablar mientras apretaba los dientes, pero lo consiguió.

—Encantada de conocerle, señor.

—Llámame Barrett.

Creo que no.

Jillian enderezó la espalda y liberó la mano, para coger de inmediato el voluminoso llavero que estaba sobre la mesa.

—Tenga, la identificación. —Se la dejó caer en la mano y se dirigió a la parte de atrás de la sala de conferencias. Podía notar la mirada de él clavada en su espalda y, aunque llevaba casi treinta años caminando sin problemas, fue dolorosamente consciente de su forma de andar. Intentó reducir al mínimo el contoneo de sus caderas moviéndose como si se deslizara, pero se dio cuenta de que con los tacones no daba el mismo resultado que con las zapatillas de deporte.

¡Mierda! Ésa era una de las razones por las que nunca se le había ocurrido participar en un desfile. En cuanto se convertía en el centro de atención las cosas que hacía habitualmente, como andar o respirar, requerían de repente toda su concentración.

¡Sólo tienes que andar, por el amor de Dios! No es tan difícil.

Como la mayoría de los asientos que daban al pasillo estaban ocupados le costó una eternidad llegar a una fila vacía. Se deslizó en un asiento del fondo y juntó las manos sobre el regazo para que le dejaran de temblar a la vez que intentaba respirar con normalidad. ¿Qué rayos le pasaba? No era nada más que un hombre. Un mujeriego. No tenía por qué afectarle de esa manera. Después de todo al día siguiente, por la noche, tenía otra cita con Paul Danner, el doctor de sus sueños. Debía concentrarse en que fuera él quien la afectara así.

—Esto está bastante tranquilo hoy —comentó el señor George. Estaba exactamente en el mismo sitio donde ella lo había dejado, con las manos otra vez metidas en los bolsillos.

Mike levantó una mano.

—Michael Greeley, del departamento de ventas. A las seis esperamos la entrada de dos grupos grandes.

—En ese caso supongo que será mejor acabar cuanto antes con esto. Gracias, Michael.

Les dirigió una sonrisa de anuncio de pasta dental y a Jillian se le paró el corazón durante un segundo. Intentó evocar mental-

mente la amable y paciente cara de Paul y descubrió con tristeza que no podía recordarlo.

—Hola, soy Barrettt George —continuó él—. Soy Escorpio, licenciado por Nôtre Dame, y mis aficiones son los deportes de contacto, las novelas de terror y la cerveza de importación. Detesto la pizza cuadrada, los cubitos de hielo redondos y que los vendedores por teléfono crean que mi nombre es George Barrett. Ahora va a hacer cinco años que estoy en MGM y espero llegar a conoceros a todos. ¿Alguna pregunta?

Se oyeron unas risitas sofocadas y algunos resoplidos, pero nadie dijo nada.

—Continuemos. ¿Alguien ha sabido algo de Arlen Alderton?

Jillian no esperaba que hubiera ninguna respuesta afirmativa, pero de todas formas echó un vistazo a su alrededor. Todo el mundo tenía una cuidada expresión de no saber nada.

—Muy bien, en ese caso, ¿alguien tiene algún problema del que tenga que ocuparme inmediatamente?

Después de toda la mierda que Darwin le había echado encima, Jillian esperaba que se lanzara a recitar toda una lista de quejas, sin embargo, permaneció sentado, intentando parecer prudente.

—Entonces me limitaré a comentar unas cuantas cosas y os dejaré libres a todos excepto a los jefes de departamento. —Hizo tintinear lo que fuera que llevara en los bolsillos y empezó a pasear por la parte delantera de la sala, sin dejar de mirar a los presentes—. En primer lugar me he dado una vuelta por el hotel y parece que está en muy buen estado. A la corporación le alegrará saber que los ratones lo han mantenido funcionando correctamente mientras el gato no estaba, y al decir que les alegrará me refiero a que lo veréis reflejado en la próxima nómina.

—Eso puedo soportarlo. —El comentario de Phil provocó un coro de risas.

—En segundo lugar, para hacer que la transición sea lo más suave posible, voy a intentar terminar con esto antes de que llegue el nuevo equipo directivo. Con ese fin, realizaré inspecciones, auditorías y entrevistas, además de las cosas del día a día.

—¿De qué plazo de tiempo estamos hablando, señor George?
—Al ver que el otro enarcaba una ceja, Phil se apresuró a añadir—: Lo siento, soy Phil Breton, encargado de suministros. Creo que lo que en realidad quiero preguntar es si alguno de nosotros debería ir... considerando otras ofertas de trabajo.

—Decididamente no, Phil; y me gustaría que todos me llamarais Barrett. El Tower ya andaba corto de personal antes de que Alderton abandonara el barco, de modo que necesitáis a los tres directivos que van a mandar.

Alzó una mano y los murmullos de alivio cesaron al instante.

—Por último, al menos de momento, voy a instalar un buzón de sugerencias en todos los vestuarios de empleados y os voy a pedir que los llenéis con vuestras ideas y preocupaciones; si hay algo que queráis saber pero os da reparo comentarlo en voz alta, ponedlo ahí. Da igual lo estrafalaria que parezca la sugerencia, no temáis que intente identificar la letra o que vaya a usar alguno de esos artefactos modernos del CSI para descubrir al autor; lo único que pido es un poco de esa honestidad e ingenio tan pasados de moda, para llevar a cabo algunos cambios positivos.

Jillian parpadeó. Para ser un investigador que se hacía pasar por un director provisional, era muy activo. Y desde luego sabía cómo proyectar una sensación de autoridad. ¡Proyectar, un cuerno, irradiaba autoridad! Ya conocía a los de su clase: era el tipo de hombre que conseguía sus objetivos a cualquier precio y que no admitía un no como respuesta.

No había absolutamente ninguna razón para que tal idea la hiciera estremecerse hasta los huesos. Él ni siquiera parecía estar interesado en ella y, aunque así fuera, Jillian nunca había tenido ningún problema en decir que no y mantenerse firme.

—Si nadie tiene ninguna pregunta —terminó él—, podéis iros todos, excepto los jefes de departamento.

Las miradas de ambos se encontraron a través de la sala llena de gente y ella contuvo la respiración.

¿Por qué de repente estaba deseando cogerse hasta el último de sus días de vacaciones?

Los responsables de cada departamento permanecieron en sus asientos mientras el resto del personal se marchaba, y Barrett tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que su mirada se dirigiera hacia Jillian. O más específicamente, hacia su escote.

¡Joder! Podía pasarse horas, incluso días, con la boca pegada a unas pechos como éstos. Era imposible que fueran de silicona; la breve ojeada que les había echado cuando ella desvió la vista al estrecharle la mano había bastado para convencerlo de eso. Apetitosas y redondas, se pegaban a sus costillas como un par de pomelos, obligándolo a apretar las manos ante el deseo de comprobar lo maduros que estaban, quitarle esa blusa de algodón y lamer sus pezones. Sólo una vez, lo justo para tranquilizarlo hasta que consiguiera llevársela a la cama, lo suficiente para eludir el hambre de sexo que padecía desde hacía algunas semanas.

El estómago de Barrett volvió a protestar incluso mientras su miembro salía de su letargo. El ardor se había calmado, pero tenía hambre y estaba excitado, una condición potencialmente embarazosa estando allí de pie, delante de un montón de gente.

Decidido a librarse de esa reacción sexual indicó por señas a los responsables diseminados por allí que se acercaran.

—Venid todos aquí. No estamos en una iglesia, de modo que no está permitido ocupar antes las últimas filas.

Jillian tardó en reaccionar, pero al fin consiguió sentarse detrás del hombre alto vestido con el uniforme de mantenimiento.

Se esconde de mí.

En esta ocasión tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para contener la sangre que se precipitaba hacia su pene. Hubiera percibido la reticencia de ella desde el condado vecino, cosa que hizo aflorar todos sus instintos depredadores. Ella deseaba que la persiguieran y a él le parecía perfecto. En multitud de ocasiones la persecución era la parte más excitante de un encuentro sexual.

Se sentó en la mesa, ignorando el sonido de protesta de ésta ante su peso.

—De acuerdo, ya sabéis todos quien soy yo, ahora quiero que me digáis quienes sois vosotros. Y poneos en pie para que pueda veros. —Eso debería bastar para que todos se sintieran lo bastante expuestos como para no darse cuenta de cualquier movimiento que se produjera bajo su bragueta—. Sólo el nombre, el departamento y el tiempo que lleváis trabajando aquí; no es necesario que me digáis cuales son vuestras aficiones ni vuestras manías.

El primero en hablar fue el jefe de seguridad. A Barrett le hubiera causado una mala impresión aunque su actitud con Jillian no hubiera despertado previamente su desagrado. La manera en que se levantó el cinturón reglamentario, cuando se puso de pie, dándose importancia, le recordó a Barney Fife, y cuando proclamó su nombre y su cargo, miró a su alrededor como si esperara que le aplaudieran. Barrett tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no poner los ojos en blanco. Alderton debía de estar colocado cuando contrató a ese cretino.

Patton no fue el único empleado que le dio mala espina. La encargada de la recepción y uno de los responsables de suministros tenían algo que le indicó que iba a tener que investigar el pasado de muchos de los empleados en sus ratos libres su tapadera de director general. Cuando llegara el momento, el nuevo equipo de dirección sería el encargado de enviar las inevitables cartas de despido.

Cuando todos se hubieron presentado se volvió de lado y levantó las cejas en dirección a Jillian. Ella parpadeó, devolviéndole la mirada, y se colocó un rizo suelto detrás de la oreja.

—A mí ya me conoces.

—Dame el gusto.

Le resultó difícil no sonreír de oreja a oreja cuando ella se medio levantó, sin dejar de jugar con ese rizo, y se presentó con un murmullo rápido y monocorde antes de volver a esconderse tras el jefe de mantenimiento. Parecía enfadada, lo cual le produjo una buena conmoción en los calzoncillos. Muy bien, puede que no esperara hasta haber solucionado las cosas por allí antes de dedicarse un poco a la cacería del zorro.